

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN Y CONCLUSIÓN
DEL PROCESO DE VIDA Y VIRTUDES DEL
SIERVO DE DIOS PADRE FÉLIX VARELA Y MORALES

*Parroquia N. S. de la Asunción de Guanabacoa
15 de agosto de 1996*

Queridos hermanos y hermanas:

La Solemnidad de la Asunción de María a los cielos convoca este año de manera extraordinaria a la Iglesia en Cuba, porque en el curso de esta celebración quedará concluido el proceso diocesano para la beatificación del Siervo de Dios Padre Félix Varela y Morales.

La Palabra de Dios proclamada en esta solemnidad de María Virgen nos introduce en la gran conmemoración de este día.

Entre los rayos y truenos de una tormenta formidable, que sirve de marco a una sorprendente visión, San Juan nos habla en su Apocalipsis de una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies. La mujer está encinta y da a luz a su hijo, que le es arrebatado para llevarlo junto al trono de Dios; y la mujer escapa al desierto.

En el lenguaje arcano, cuajado de simbolismos del libro del Apocalipsis, aparecen así Cristo y María, Cristo y la Iglesia, María y la Iglesia. La contrafigura en esta visión viene dada por un imponente dragón, que parece barrer con todo: es la personificación del mal, de ese mal que Jesucristo vino a vencer y que queda sentenciado para siempre, cuando una voz del cielo clama con fuerza: «Ya llega la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías». Esta voz es como el eco poderoso de aquella afirmación coloquial, pero categórica, de Jesús a sus discípulos: «No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal».

En este cuadro estremecedor resulta extraordinario el papel de la mujer, que es descrita como una figura portentosa y ocupa toda la escena. Presentada en el acto mismo que la consagra y la identifica privilegiadamente como mujer: está encinta, con dolores de parto y da a luz; ella juega el papel imprescindible para que el Mesías haga su entrada en la historia de los hombres, pues si Dios Padre, desde el seno de la Santísima Trinidad, envió a su Hijo, este será reconocido como nuestro hermano, porque –en palabras de San Pablo– es «nacido de mujer».

El plan de Dios queda así completo y lo femenino está integrado de modo eminente en el designio salvador. Si la fe cristiana ignora u olvida esto traiciona su misma esencia.

La mujer vestida de sol es la Virgen María, pero es también la Iglesia. María es figura de la Iglesia. En su respuesta de fe que la convierte en Madre del Mesías, haciéndose servidora del Señor; en su camino esforzado para ir a socorrer a quien lo necesita, mientras canta las alabanzas del Dios que derriba del trono a los poderosos y despide a los ricos vacíos, que enaltece a los pobres y los sacia de bienes, la Virgen Madre testimonia y anuncia lo que debe ser y hacer la comunidad de seguidores de Jesús, la Iglesia.

En ese texto apocalíptico se declara también que había comenzado ya el «tiempo de la Iglesia». Jesucristo había sido arrebatado a la gloria del cielo, la comunidad de los creyentes en Jesús, su Iglesia, está ahora como en un desierto; los cristianos se

sabían perseguidos, acechados por sus enemigos, pero la certeza de la fe es fuerte en sus corazones: Cristo Redentor vive y ha vencido al mal.

Así sentían las primeras comunidades cristianas que escuchaban en sus reuniones dominicales la lectura consoladora del libro del Apocalipsis o de las cartas de los Apóstoles. San Pablo fortalecía a sus comunidades para el combate de la fe cuando les escribía: Cristo ha resucitado... Cristo tiene que reinar. De ahí brotaba la esperanza.

Y es precisamente eso lo que celebramos en esta Solemnidad de la Asunción de María al cielo: la realización plena en la Virgen Santísima de lo que toda la Iglesia espera para cada uno de sus hijos, Ella, la primera de los creyentes, la primera que anticipadamente se benefició de la Redención obrada por su Hijo, al ser preservada por Dios, en su inmaculada concepción, de toda mancha o huella de pecado; es también la primera que ha sido glorificada en cuerpo y alma en el cielo.

La Asunción de la Virgen María es una proclamación de nuestra esperanza: el bien siempre triunfa y trae su recompensa, la última palabra la tienen la justicia, la verdad y el amor. El pecado, que odia, desprecia, mata y destruye, no debe tener cabida en nuestras vidas, cuando aspiramos a la plenitud que contemplamos en María Virgen.

La preciosa imagen de la Virgen María, que es venerada en este municipio habanero de Guanabacoa, como su Tutelar, con su cara resplandeciente de pureza, con sus brazos en alto, con la mirada todavía más alta, puesta allá donde está su Hijo Jesucristo, sentado a la derecha del Padre, es una invitación a elevarnos por encima de lo rastrero y aun de lo mediocre.

El gran desafío del hombre ha sido siempre ese: el de crecerse hasta sobrepasar lo humano para, al menos, poder llegar a ser un poco humano.

A esto nos convocan la Solemnidad de la Asunción y la contemplación de esta bella imagen de María que, en su éxtasis celestial, irradia también alegría. Nuestro José Martí, quien la contempló seguramente más de una vez, la recordaba como «bailando un baile andaluz». «Dichosa tú que has creído», le decimos nosotros con Isabel y con toda la Iglesia a través de los siglos. Sí, esta celebración contiene una proclamación del gozo de la fe, de la cual María ha recibido ya sus frutos.

Porque es una dicha creer para, como María, ascender con paso decidido la cuesta difícil del amor y del servicio a los hermanos. Es una dicha creer, porque lo que esperamos es, esencialmente, una dicha sin fin, junto a Cristo, en su gloria. Fruto de la fe y de la dicha que la acompaña es la santidad.

Por eso es esta una magnífica ocasión, queridos hermanos y hermanas, para que el Tribunal Eclesiástico especialmente establecido en esta Arquidiócesis de La Habana con ese fin, clausure solemnemente su actuación en el proceso sobre la vida y las virtudes del Siervo de Dios Padre Félix Varela y Morales. Quizá en esta misma iglesia, ante esa misma imagen bendita de la Virgen de la Asunción, predicó el insigne sacerdote, cuando era joven profesor del Seminario San Carlos y San Ambrosio. Porque en la relación de sus sermones encontramos uno predicado en la fiesta de la Asunción de María y esta es la única iglesia de esta Arquidiócesis que tiene por patrona a la Virgen María en su Asunción.

Sea aquí, sea en otra iglesia, ¡con cuánto fervor cantarí­a entonces las glorias de María Virgen, llevada al cielo!, ¡con cuánta pasión invitarí­a a la virtud! Él, que hasta el final de sus días, lejos de la patria, por medio de escritos diversos, no dejó de exhortar a la juventud cubana a poner como fundamento de la independencia de Cuba la transformación del hombre cubano, porque, desde temprana edad, y de modo creciente cuando avanzaba en años y en experiencia, no concebía el Padre Varela los cambios en Cuba sin un cambio profundo del cubano en el sentido del desprendimiento, de la integridad de vida, del olvido de sí en favor del bien mayor de la Patria. Con cuánto dolor constataba el santo sacerdote que «en la Isla de Cuba no hay amor a España, ni a Colombia, ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café». En suma, Varela es un abanderado de lo que es medular en la fe cristiana: el olvido de sí en favor de los demás, «quien guarda para sí su vida, la pierde, quien la entrega, la gana para siempre».

Esto fue, justamente, lo que hizo el Padre Varela de su vida: una ofrenda sacrificial, que lo configuró a Cristo, pobre y humilde.

Es apropiada esta celebración para cerrar el proceso diocesano de beatificación del Padre Varela, no principalmente porque haya predicado el Siervo de Dios sobre la Asunción de la Virgen María, sino porque toda la Iglesia en Cuba está pidiendo al Señor que sea contado pronto entre los beatos este sacerdote de vida santa, este cubano ilustre, este patriota sin tacha y la Solemnidad de la Virgen de la Asunción es una espléndida oportunidad para que cada uno de nosotros ponga en manos de María nuestra Madre este deseo de los católicos cubanos.

Los obispos de Cuba, en carta que tuve el alto honor de entregar a Su Santidad el Papa Juan Pablo II el pasado mes de junio, pedimos al Sumo Pontífice que el proceso de beatificación del Siervo de Dios se lleve a cabo con rapidez.

El Santo Padre mostró todo su interés en nuestra petición y remitió con prontitud la carta a la Congregación para las Causas de los Santos.

Ustedes saben bien que la participación en la gloria de Jesucristo, cuyo sacerdocio compartió como ministro de los sagrados misterios el Siervo de Dios Félix Varela, no depende de la proclamación de la Iglesia. No entra el Santo a la contemplación gozosa de Dios cuando es canonizado; sino que la Iglesia, en su beatificación, después de estudiar su vida, de recoger numerosos testimonios y de constatar su fama de santidad, declara lo que el pueblo de Dios presentía ser cierto: que ha sido glorificado con Cristo aquel que gozaba ya de fama de santidad. Lo propone entonces como ejemplo de seguidor de Jesús, sea a un conjunto de Iglesias o a la Iglesia Universal, y autoriza su culto público.

El Tribunal Eclesiástico de La Habana, al cerrar sus actuaciones, ha recopilado todas las obras y escritos del Padre Félix Varela y los especialistas han dado su valoración sobre ellos. Toda esta documentación será entregada ahora a la Congregación para las Causas de los Santos en Roma, junto con todos los testimonios escritos sobre su vida, que incluyen una cuidada biografía del sacerdote ejemplar. Concluye así en La Habana el proceso diocesano para la beatificación del Siervo de Dios Padre Félix Varela y Morales.

Pero esta celebración es conclusión y punto de partida. Porque de ahora en adelante el proceso continuará en Roma y nosotros debemos ser asiduos en nuestra oración, para que el Siervo de Dios Félix Varela tenga el honor de los altares. Si

alguno de ustedes, queridos fieles católicos, recibe del Señor por intercesión del Siervo de Dios Félix Varela alguna gracia extraordinaria, debe comunicarlo con rapidez al Arzobispado de La Habana.

Será un gran bien para nuestro pueblo que un sacerdote abnegado y fiel, amante de su Iglesia y de su Patria, sabio y modelo de virtudes, sea propuesto a todos los cubanos, especialmente a las nuevas generaciones, como ejemplo a seguir en momentos en que el amor a la Patria debe hallar fuertes motivaciones, cuando los cubanos anhelamos tantas cosas para el mejoramiento de nuestra nación. Es de gran significado que, a la luz de las enseñanzas de Varela, se comprenda que no hay transformación de la sociedad sin un cambio serio, profundo y personal, que tiene que ver con nuestra escala ética de valores, con nuestro comportamiento individual y comunitario y con los ideales que orientan toda nuestra vida. En sus escritos y con el testimonio de su vida, el Siervo de Dios Félix Varela se levanta como un profeta que habla al corazón de cada cubano y estremece la conciencia de nuestra nación.

De él dirá Don José de la Luz y Caballero: «Solo el hombre que ha pasado la vida practicando todas las virtudes evangélicas con el fervor de los apóstoles, sería capaz de pintar la virtud con los vivos colores que él lo hace, copiándola del original que alberga en su pecho... De ti puede decirse con más verdad que de ningún otro mortal, 'que haces lo que dices y dices lo que sientes'. Continúa, pues, digno sacerdote de la verdad, en tu ministerio de bendición. Continúa en derramar sobre nosotros esos raudales de luz con que plugo al Padre de la luzes iluminar tu grande entendimiento».

Como muestra de esto que decía Don José de la Luz dejemos escuchar la voz del Padre Félix Varela en sus «Cartas a Elpidio» que dirige especialmente a la juventud cubana. Dice así el Siervo de Dios:

«No ignoras qué circunstancias inevitables me separan para siempre de mi patria: sabes también que la juventud a quien consagré en otro tiempo mis desvelos, me conserva en su memoria... Te encargo, pues, que seas el órgano de mis sentimientos, y que procures de todos modos separarla del escollo de la irreligiosidad. Si mi experiencia puede dar algún peso a mis razones, diles que un pobre de cuya ingenuidad no creo que dudan, y que por desgracia, o por fortuna, conoce a fondo a los impíos, puede asegurarle que son unos desgraciados, y les advierte y suplica que eviten tan funesto precipicio. Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria, y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad...» Y agrega el Siervo de Dios:

«La naturaleza en sus imprescriptibles leyes me anuncia decadencia, y el Dios de bondad me advierte que va llegando el término del préstamo que me hizo de la vida; yo me arrojo en los brazos de su clemencia, sin otros méritos que los de su Hijo; y guiado por la antorcha de la fe, camino al sepulcro, en cuyo borde espero, con la gracia divina, hacer, con el último suspiro, una protestación de mi firme creencia y un voto fervoroso por la prosperidad de mi patria.»

No son solo estas palabras ni tantas otras llenas de sabiduría que nos dejó el Padre Félix Varela las que motivan su beatificación. Otros cubanos ilustres con él y después de él han dejado también serias reflexiones en relación con Cuba y su destino.

Cábele a Varela haber sido el primero en enseñarnos a pensar; pero no es tampoco esto lo que determinará su exaltación por la Iglesia a la gloria de los santos. Es su vida virtuosa, su amor a los pobres, su entrega sacerdotal, lo que la Iglesia

considera y valora para levantarlo como un estandarte ante los cubanos y ante toda nuestra América hispana.

Pues sus palabras calan tan hondo en nuestros corazones de cubanos porque están avaladas por su vida santa. Más que lo que dice lo extraordinario es quién lo dice. Las enseñanzas de Varela son el legado de aquel a quien José Martí llamó: «nuestro santo cubano».

Por esto confiamos a la Virgen María de la Asunción, en este día de Fiesta para el pueblo de Guanabacoa que la venera como la Tutelar, esta súplica de la Iglesia en Cuba: que aquello que nuestro apóstol José Martí dijo un día con la libertad de corazón de un cubano ardiente lo podamos repetir pública y solemnemente en el culto de nuestras iglesias del campo y de la ciudad, en nuestras catequesis de niños y jóvenes; que lo podamos decir, porque nuestra Iglesia Católica ya lo habrá proclamado, al cubano preocupado por su Patria y su futuro, al científico, al pensador, al artista, al trabajador, a todo nuestro pueblo: Félix Varela es «nuestro santo cubano».

Santísima Virgen María llevada al cielo, alcánzanos de Dios esta gracia que te imploramos todos los católicos de Cuba.